



AÑO IV

← BARCELONA 24 DE AGOSTO DE 1885 →

NÚM. 191

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PEREGRINAS ALSACIANAS, cuadro por M. Feuerstein

## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don Angel R. Chaves.—NUESTROS GRABADOS.—LA CASA DE PRÉSTAMOS, por don Eduardo Saco.—LA URBANA (conclusion), por don Fernando Martínez Pedrosa.—SINONIMIA PARDA, por don A. Sanchez Perez.

GRABADOS: PEREGRINAS ALSACIANAS, cuadro por M. Feuerstein.—HEBE, estatua por Canova (existente en la galería nacional de Berlín).—LA SÚPLICA, cuadro por Lindenschmit.—PESCAR EN AGUA MANSA.—CAZAR EN VEDADO.—EL PRIMER SINSABOR, cuadro por Enrique Mosler.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO EN LOS ALPES RÉTICOS, cuadro por W. Rifthal.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Madrid desierto.—El retorno.—Los héroes de horchatería.—A oscuras.—El pecado mortal.—*Fiat lux*.—El miedo guarda la viña.—Historia de las verbenas.—Una suspendida.—Entierros y teatros.—Los asilados.—Consecuencias del veraneo.

Madrid, el regocijado Madrid, aquella villa que no se daba punto de vagar en eso de festejos y diversiones, ha cambiado de pronto su carácter, habiendo momentos en que no parece otra cosa que un lugar distinto de los otros solamente en las dimensiones.

Durante el día no se nota tanto este fenómeno. Los rayos del sol canicular cayendo á plomo sobre calles y plazas han producido siempre un efecto parecido en tal época del año. Los más favorecidos por la fortuna emprenden la obligada peregrinacion, los unos á Biarritz, San Juan de Luz ó Aguas-Buenas, los otros á la Granja, Pozuelo ó el Molar y los desventurados á quienes la escasez de recursos ó perentorias ocupaciones les obligan á no alejarse de la corte más allá de las Ventas del Espíritu Santo ó del Vivero, buscan en la relativa comodidad del hogar una defensa contra los rigores del rubicundo Febo.

Pero todos los años, los que nos quedábamos, buscábamos con tanto ahinco durante la noche el desquite de la forzosa clausura de las horas del calor, que no se diría sino que, multiplicándonos para encontrarnos en todas partes, tratábamos de hacer bulto y meter ruido para no echar de ver que éramos muchos menos que en el invierno.

Este verano, sin embargo, está sucediendo todo lo contrario. El miedo produce terribles retraimientos. Hay quien temiendo el relente, no se permite otra expansion que una vuelta por las calles más céntricas limitada constantemente por las primeras campanadas de un reloj que anuncia las nueve; hay quien no va á las diversiones porque ha oído decir á personas autorizadas que la aglomeracion de gente es la que puede crear los grandes focos de infeccion, y en cuanto á traspasar los umbrales de una horchatería para eso se necesita un valor tan temerario como el de los héroes de los poemas épicos, y como es sabido que las razas degeneran, son contados los espíritus fuertes que alardean de regalarse con un chico de limon del tiempo ó con una horchata fria no de la indigesta chufa sino de astringente arroz.

\* \*

Esto no obstante fuerza es convenir en que de algunos días á esta parte la animacion es algo mayor. No pocos de los impremeditados viajeros que dejaron sus lares, cansados de ver que la epidemia, sacudiendo su mortífero látigo, no perdona apartado rincon, ni lejana provincia, comprenden al fin que hoy por hoy no es la capital la que ofrece peores medios de defensa, y tornan, cansados de hacer la vida del Judío Errante, sin otro detrimento que una escrupulosa fumigacion sufrida en la estacion del ferro-carril.

Sólo los más recalitrantes son los que siguen saltando de un punto á otro sin encontrar seguridad ni reposo en sitio alguno. Un amigo tengo que ha corrido ya cuarenta y ocho provincias y las cuarenta y ocho las ha dejado apénas ha sabido que en cada una de ellas se presentaba un caso definido ó sospechoso. Hoy le veo en camino de ir á la última que le queda por visitar. Acaba de escribirme que se pone en marcha. Su única duda es si se establecerá en Murcia ó en Aranjuez. En lo que se funda para tomar esta resolucion, que él llama definitiva, es en la frase aquella que dice que no hay camino más seguro que el que acaba de ser robado.

\* \*

En el momento en que escribo estas cuartillas acaba de hacerse luz, pero no precisamente en ninguna de las más debatidas cuestiones que preocupan á la ciencia ó á la política. Si se tratara de afirmar ó negar la conveniencia de las inoculaciones del doctor Ferran, ó se hiciera asunto de discusion la línea de conducta que debe adoptarse por nuestros diplomáticos en vista de la irregularidad que quiere cometer Alemania con las Carolinas, probablemente guardaria una prudente reserva. En medicina declaro paladinamente mi incompetencia; en política, aunque no puedo hacer lo mismo, porque dejaria de ser español si no me creyera capaz de resolver los más arduos problemas, confieso que no me es dado meterme en estas crónicas.

La frase subrayada al principio de este párrafo no está tomada en el sentido figurado que con más ó menos propiedad suele dársele. La luz que se ha hecho, ó mejor dicho

que se ha rehecho, es la del alumbrado público de la muy heroica y coronada villa.

En un momento de penuria, el Ayuntamiento de la primera de las poblaciones de España se echó á buscar economías y no encontró otra más á mano que la de suprimir dos terceras partes de los faroles al dar las doce de la noche. Esto, en calles donde aun estando todos encendidos no se cuenta más que con una claridad relativa, fué dejarnos en una oscuridad absoluta, precisamente á una hora en que los rigores de la estacion y nuestros hábitos hacen que la circulacion sea muy grande.

La impresion no pudo ser más desconsoladora. Los que se retiraban de los espectáculos, los que salian de una tertulia ó volvan de gozar de la frescura del ambiente en Recoletos ó el Prado, creian haber retrocedido á los tiempos en que Sabatini repetía el ensayo de iluminar las calles, que sin fruto se habia intentado durante la minoridad de Carlos II. Venerable anciano habia que al oír el lejano grito de un vendedor de *La Correspondencia* creia volver á escuchar de labios del hermano del *Pecado Mortal* aquellas tremendas saetas que lleno de terror escuchó en la cuna; más de un vidriero pensaba ya en hacer su agosto vendiendo linternas para trasnochadores y no pocos individuos de la antigua nobleza concebían el proyecto de restituir en los pórticos de sus vetustos palacios, aquellas capuchas de hierro de que todavía nuestra generacion ha alcanzado algunas muestras y que servian para apagar las hachas de viento con que pajes y escuderos acompañaban antaño á sus ilustres abuelos.

Nada de esto, sin embargo, ha sido lo que ha obligado al municipio á revocar su acuerdo. Indudablemente lo que ha pasado ha sido exactamente lo que en un cuento que, aunque muy sabido, encaja aquí como anillo en dedo. Se cuenta de un avaro que conversando en su casa con un compadre suyo dábale tanta pena el consumo de aceite que la luz hacia que sin poderse contener más tiempo dió un soplo al candil, diciendo: «Compadre, para hablar no se necesita luz.» Pero el otro, que en punto á económico le daba quince y raya, temeroso á su vez de que al ludir con la silla se le rompiera el pantalon, se apresuró á contestar: «Ni para estar á oscuras se necesitan calzones.» Dicho lo cual se quitó los suyos y los colgó cuidadosamente de un clavo.

La aplicacion del cuento hoy, está en que si la digna corporacion municipal no se apresura á volver á encender sus candiles, como lo ha hecho al tercero día, no hubiéramos sido nosotros los que nos hubiéramos desnudado. Esa tarea hubiera corrido por cuenta de ese honrado gremio que tiene por oficio encontrarse las cosas ántes de que se pierdan.

\* \*

Otra suspension ha hecho recientemente la misma corporacion. Una de las más características costumbres de nuestro pueblo es la de celebrar, en la noche anterior á determinadas festividades de la Iglesia, unas como á modo de romerías que reciben el nombre de veladas ó verbenas.

A los tiempos de los griegos y los romanos han hecho remontar algunos eruditos el abolengo de este desahogo de carácter puramente popular, que ya de un modo irrecusable vemos citado en diversos documentos que se refieren á los siglos x y xi. Por ellos puede venir en conocimiento de que, reminiscencia ó no de más remota antigüedad, su origen cierto es de la época de la dominacion de los árabes.

Estos, más tolerantes que los cristianos, permitíanles en las ciudades conquistadas no sólo conservar su culto en el interior de las iglesias, sino aun hacer pública ostentacion de él en determinados días. La fiesta de los Apóstoles y las más veneradas advocaciones de la Virgen eran los días escogidos para esta holgura, que no sólo se celebraba con prácticas religiosas sino con baile y cantos profanos en las inmediaciones de los santuarios. Las bebidas espirituosas, prohibidas por su rito á los musulmanes, corrían en abundancia entre los nazarenos que establecian portátiles expendedurías de ellas y si no es que una piadosa calumnia de estos ha manchado la fe de los vencedores, cuéntase que solían á las veces los sectarios del Coran mezclarse con ellos, ya que no para acompañarles en sus rezos para compartir unas libaciones que la privacion debia hacer más sabrosas.

Después los tiempos cambiaron. Los cristianos volvieron á ser dueños de las ciudades, pero la piadosa costumbre subsistió tal vez en un principio con el doble carácter que le prestaba la fe religiosa y el recuerdo de días de desventura. Desde entonces las verbenas han sido un hábito tradicional de nuestro pueblo. Veces ha habido en que las de San Juan y San Pedro sobre todo se celebraron con tanta ostentacion que la historia ha guardado memoria de ellas. Dígalo sino la que en 1631 celebró el galán Felipe IV para solemnizar el estreno de los jardines del Buen Retiro y que plumas tan celebradas como la de Lope cantaron en armoniosa rima.

No ménos aficionados á ellas fueron los que siglo y pico más tarde habian cambiado la ropilla de rizo y el jubon acuchillado por el chupetin y el sombrero de medio queso. La pradera de San Antonio de la Florida guarda recuerdos de altas damas que, envueltas en los airosos caireles de la blanca mantilla y ceñido á formas que inmortalizó el pincel de Goya el estrecho guardapiés, escuchaban con gusto requiebros de Costillares y Romero, de Pepe-Hillo y el tío Gallardo.

Hoy es cierto que tales festejos han perdido mucho en animacion, pero aún, en medio de su decadencia, conservan

algo de su antiguo carácter. El municipio, comprendiéndolo así al poner su veto á una de ellas, parece que ha tenido en cuenta que es de las más modernas. La verbena de la Virgen de la Paloma es de reciente creacion y aun así no ha sido suprimida. Lo único que se ha hecho ha sido suspenderla por este año para evitar los anti-higiénicos excesos que en ella se cometen.

\* \*

Con gusto vemos que la prensa empieza á preocuparse de un asunto que indudablemente ha de encontrar favorable eco en la opinion.

Hace mucho tiempo nos indigna una censurable tolerancia que permite á empresas mortuorias y de teatros hacer objeto de ostentacion ó de divertimento á los infelices á quienes la miseria ó el abandono llevó á los asilos de mendicidad.

Tan pronto se convierte á los acogidos en San Bernardino en modernas plañideras que á falta de otras lágrimas vierten las de cera de sus cirios detrás de un féretro, como se lleva á los que en el Hospicio deben aprender un arte ó ponerse en condiciones de abrazar una profesion, de teatro en teatro haciendo de obligados comparsas en cuantas obras de menor cuantía le vino en mientes al autor intercalar un coro de chiquillos.

El que trata de socorrer la pobreza no debe humillarla nunca. Los ancianos, que encanecidos por el trabajo y las privaciones se ven forzados á buscar en los últimos días de su existencia ese rincon que les ofrece la caridad colectiva, tienen derecho á que se les dé el mísero bocado de pan que comen sin hacerles atravesar calles y calles bajo las torrenciales lluvias del invierno ó bajo los abrasadores rayos del sol estival siguiendo por ostentacion un carro de la Funeraria. La primer cosa que debe enseñarse al niño de quien se quiere hacer un honrado ciudadano es el sentimiento de su dignidad, y mal camino es para que le adquiera obligarle á vestirse de mamarracho para repetir ante un público chistes no siempre cultos y delicados.

La firme conviccion abrigamos de que este será uno de los males á que se pondrá pronto correctivo. De no ser así, ¿qué diría todo el mundo de unos asilos que parecen poner todo su empeño en matar á los viejos y educar mal á los niños?

\* \*

Los percances del veraneo no se limitan ya á esos infelices padres de familia á quienes una exigencia de su cara cónyuge ó un capricho de sus hijos obligan á derrochar en quince días los modestos ahorros de once meses y medio de trabajo y privaciones.

Los lectores de la ILUSTRACION ARTISTICA sufren tambien estas fatales consecuencias. Mi querido amigo Ortega Munilla, arrojado por el calor de esta corte á las frescas playas de Vigo, no ha podido hacer la crónica quincenal y en vez de su chispeante prosa tienen Vds. que contentarse por hoy con las deshulvanadas cuartillas de este su servidor más humilde

ANGEL R. CHAVES

## NUESTROS GRABADOS

PEREGRINAS ALSACIANAS,  
cuadro por M. Feuerstein

Cerca de la ciudad de Barre, en la Baja Alsacia, descuellan un pico de la cordillera de los Vosgos, llamado Monte de Santa Otilia, del nombre de la patrona del país. En él brota una fuente á cuyas aguas se atribuyen milagrosas propiedades curativas, entre otras la de sanar las enfermedades de la vista. En la misma cumbre del Monte está situado un monasterio, que contiene el sepulcro de Santa Otilia, al cual acuden las piadosas alsacianas en peregrinacion, para impetrar de la intercesion de la santa el alivio de sus penas.

Tal es el asunto en que se ha inspirado el artista para trazar su cuadro, asunto desarrollado con perfecta inteligencia del agreste carácter del paisaje, y más aún con la de la expresion fisonómica de los pesares que laceran el corazon de las peregrinas de su cuadro, pues basta observar el semblante melancólico de una de las figuras y el compasivo de la otra para comprender que la primera sin consuelo en la tierra sólo lo espera del resultado de sus fervientes plegarias y que la segunda se apiada profundamente del dolor que abruma á su triste compañera.

HEBE, estatua por Canova  
(existente en la galería nacional de Berlín)

Esta estatua es una de las mejores obras escultóricas de Canova, el fundador de la escultura clásica moderna. Antonio Canova nació el 1.º de noviembre de 1757 en Possagno en la comarca de Treviso. Su Teseo, el vencedor del centauro, que empezó en 1805 y concluyó en 1819 en Roma, hizo que todos los amantes de las artes le acogieran como un regenerador de la escultura que la fatal escuela de Bernini habia hecho decaer de un modo lastimoso, y no solamente se le consideró como el escultor más notable de los tiempos modernos, sino que se le igualó á los maestros más grandes de la antigüedad. Hoy se le juzga ya con más calma; en los bajos relieves no llegó jamás á igualar al dinamarqués Thorwaldsen y en las estatuas se apartó pronto del camino de la escultura clásica que tan brillantemente habia emprendido con su Teseo. Jamás llegó á la arrebataadora ingenuidad, á la sencillez grandiosa del arte antiguo. Su fuerte era la re-

presentacion de la gracia corporal, juvenil, mórbida y elegante, pero sin contraste, sin contraccion de músculos, todo es suave, redondeado. Así lo patentiza la Hebe que hoy presentamos á nuestros lectores, y que como escanciadora del divino néctar en el Olimpo tenia, cuando Canova la acabó, una copa en la mano izquierda y un jarro de metal dorado en la derecha. Una suave tinta de carne en las partes desnudas, huellas de dorado en la cinta que le sirve de diadema y restos de color en el quiton caído y recogido en la cintura, demuestran que Canova no temió imitar hasta en la policromía á los mejores artistas de la antigüedad clásica. Con pié ligero se desliza su Hebe sobre una nube, y el ropaje trasparente que obedece al soplo del aire representan muy bien el suave y rápido movimiento indicado además por la ligerísima inclinacion hácia adelante de todo el cuerpo.

Podria criticarse la expresion del rostro como demasiado grave é imperturbable aunque benévola, para la que tenia el cargo de escanciar el néctar de la inmortalidad á los dioses de la Grecia en sus festines olímpicos.

**LA SÚPLICA, cuadro por Lindenschmit**

El asunto de este cuadro no es nuevo, puesto que otros artistas lo han tratado bajo esta ó parecidas formas. El interés de esta obra pictórica consiste en que está pintada con colores exclusivamente minerales preparados de una manera nueva por un químico de Munich (Adolfo Keim). Gracias á estos colores se pueden cubrir las superficies murales interiores y exteriores ó sea las expuestas á la intemperie con obras maestras y por supuesto, tambien con otras sencillas, á lo cual se habia opuesto hasta ahora tenazmente el clima inhospitalario, frio y húmedo de los países septentrionales donde tanta aficion tienen los soberanos á adornar sus reales residencias con frescos, en sitios donde los puede admirar el público, como en los pórticos de sus parques, escaleras de museos, teatros, etc., sin hablar de los templos que tambien carecen á causa de la rudeza del clima de este orno artístico.

El cuadro del cual damos hoy una copia está pintado con estos colores, pero sobre tela preparada al efecto. Como obra de arte, se distingue, más que por la perfeccion del dibujo en general, por la ingenua expresion de los rostros y por la brillantez del colorido.

**PESCAR EN AGUA MANSA.—CAZAR EN VEDADO**

El autor de estos bonitos dibujos, que no carecen por cierto de intencion, ha querido sin duda representar en ellos, no tanto los ejercicios de la caza y de la pesca en sí, cuanto el opuesto temperamento de los que á ellos se dedican. En efecto, todos sabemos que el verdadero aficionado á la caza es por lo general de complexion ardiente, activo y aun á las veces arrebatado, pudiendo decirse que la sangre bulle continuamente en sus venas; en tanto que el pescador es de suyo tranquilo, apático, paciencioso y de constitucion altamente linfática. ¿De qué modo mejor representar dos tipos tan opuestos? El artista lo ha acertado: haciendo que tanto el cazador como el pescador encuentren durante una de sus excursiones una linda y graciosa aldeana que introduzca un paréntesis en su respectivo ejercicio. El resultado no necesita explicacion: basta contemplar los grabados para convencerse de la diferencia que va del uno al otro. El primero, dejando en paz á las liebres y conejos por caza más preciada, desliza amorosas frases y calorosos conceptos en el oido de la ingenua campesina que, aunque halagada por ellos, no sin cierto recelo los escucha: el segundo, por más que le conmuevan un tanto los hermosos ojos de la doncella, no suelta la caña ni abandona su posicion, contestando, en vez de preguntar, á la aldeana que, libre de todo recelo, traba amistosa conversacion con él. ¿Pescará este? ¿Cazará aquel? No lo sabemos; lo que sí podemos decir á las niñas bonitas es que, cuando alguna de ellas sea requerida de amores por un galan más ó ménos solícito, procure averiguar si es aficionado á la caza ó á la pesca para tomar sus precauciones en consecuencia.

**EL PRIMER SINSABOR, cuadro por Enrique Mosler**

Los sinsabores son proporcionados á la edad, pero no por eso dejan de producir honda impresion en el ánimo. Entre una persona de edad madura que experimenta algun quebranto en sus negocios ó en su hacienda y el rapazuelo de nuestro grabado que sufre el primer sinsabor al ver perniquebrado por una torpeza su caballo de carton, ¿quién sentirá relativamente más intenso disgusto? Si por las lágrimas se ha de juzgar, no hay sino mirar los raudales que vierte el apeado jinete, á las cuales se unen las de la rolliza amazona, que, muda de dolor, contempla cariacontecida á su lado el irreparable desastre. Los corazones, sea cualquiera su edad, son siempre sensibles á las desgracias y los primeros sinsabores de la vida los afectan tanto como los últimos reveses de la fortuna.

**SUPLEMENTO ARTÍSTICO**

**LA INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO EN LOS ALPES RÉTICOS, cuadro por W. Rifthal**

Algunos siglos ántes de la invasion de las hordas germánicas y eslavas en Europa, habitaba la Recia un pueblo

temido por su ferocidad y por sus excursiones de rapiña á todos los países vecinos. Componíase este pueblo de una mezcla de diferentes razas, pero principalmente de celtas é itálicos, y su país comprendia lo que hoy es el canton suizo de Grisones, el Tirol con el Vorarlberg, la Baviera Alta y la parte más septentrional de la Lombardia, es decir, una region en extremo montuosa. La afinidad de los recios con los pueblos itálicos habia sido causa de que unos y otros estuviesen en contacto continuo y de que los primeros no tuviesen ni pudiesen tener más adelante ninguna relacion amistosa con las hordas germánicas. Por la misma razon practicaban un culto que habia llegado á individualizar las fuerzas de la naturaleza mientras aquellas hordas no habian pasado aún del período en que el salvaje sólo teme en todo lo que no comprende algun sér maligno que se divierte en su daño. Los dioses principales de los recios eran Teutates, tipo de la destreza corporal; Beleno, el dios Sol, el procreador; Heso, el dios de la guerra; Belisana, la Minerva, Epona, la diosa de la equitacion, de los carruajes y ganados. Estas y otras divinidades eran veneradas en lugares sagrados, al aire libre, pero adornados convenientemente, y se les ofrecian diferentes sacrificios.

Segun refiere la tradicion, allá por el año 150 de nuestra era y en ocasion de celebrar una tribu del pueblo en cuestion una de sus solemnidades religiosas en sus empinados riscos, llegó con otro compañero San Lucio, que, de rey de Bretaña, se habia hecho misionero para llevar la religion de Cristo á aquellas alpestrés regiones. Este es el momento que representa nuestro grabado.

Ruda debió ser la tarea de los misioneros, puesto que á la dificultad de convertir á un pueblo inculco é ignorante, se unió luégo la invasion de los salvajes germanos, hunos y otras hordas que no dejaron germinar totalmente la delicada semilla, pero algo quedó, porque ya no faltaron varones piadosos prontos siempre á sacrificar su vida en aras de la religion cristiana, siendo uno de ellos el obispo Asimo que residia en Chur, y posteriormente los santos Columbano y Galo que convirtieron en el siglo IX definitivamente aquel país al cristianismo.

En cuanto al excelente cuadro que hoy reproducimos, distínguese principalmente por su color local no ménos que por el histórico, echándose de ver que el artista ha hecho un detenido y provechoso estudio de todos los caracteres distintivos de la remota época que este episodio representa.

**LA CASA DE PRÉSTAMOS**

(PÁGINAS DE LA MISERIA)

Parece mentira que siendo la necesidad inseparable compañera de la vida hayan tardado tanto los hombres en prepararse el remedio de sus miserias.

Hasta el siglo XII no les ocurrió á unos frailes Bernardos la idea de anticipar recursos á quienes de ellos carecian, á título de préstamo, sobre prenda pretoria. De aquí el origen de los Bancos de Piedad... La codicia se apoderó despues del pensamiento y... vean Vds. á lo que ha llegado en el último tercio del siglo XIX.

**PRIMER CUADRO**

(Un jóven, demacrado, con todos los detalles físico-naturales y de traje que caracterizan la vida del dolor, entra en el establecimiento, llevando bajo del brazo un bulto.)

—Muy buenas tardes.  
—Así las tenga V. ¿Qué trae por aquí?...  
—Pues... esto.  
(Nuestro jóven deshace el bulto de que es portador y presenta una capa, que para servir de arnero no le falta sino estar sujeta á un bastidor.)  
—¿Y qué quiere V. por esto?...  
—Cinco duros.  
—¿Cinco duros? ¡Usted está loco!  
—Es posible señora; por ménos de lo que me pasa habrán perdido muchos la razon.  
—Por esto no puede darse más de... treinta reales.  
—¡Dos duros siquiera, señora! es la cantidad que me falta para completar la del pago de alquiler de mi casa, prescindiendo hasta de comer!...

—No señor, no: los treinta reales y ni uno más!... usted no sabe cómo andan los precios de venta: en muchas ocasiones, por ser compasivos, salimos perdiendo en tercio y quinto.

—Bien, señora, bien. Sea lo que V. quiera.  
La dueña del establecimiento recoge y dobla cuidadosamente la prenda pretoria, y dicta á un muchacho, legítimo emblema de la suciedad y del hambre, el resguardo oficial del contrato.

Recibe nuestro jóven la anhelada suma y sale á la calle.

Cuando entró en la casa iba sudando.  
Marcaba el termómetro 33° á la sombra.  
Cuando salía habia descendido la temperatura nada más que diez y siete!

Y decia nuestro jóven, frotándose las manos:  
—¡Bien va! Es muy probable que esta noche hiele. Así no se apollará la capa.  
No hay mal que por bien no venga.

**CUADRO SEGUNDO**

(Una señora, de porte y maneras distinguidas, si no

con lujo, vestida con elegancia y buen gusto, desciende de una berlina de punto y sube al despacho de la prestamista.

Apénas si se deja ver se encuentra saludada con efusion.)

—¡Mi señora doña Rafaela! ¡tome V. asiento! ¿cómo sigue usted?

—Así, así, amiga Brígida: con muchas alternativas y no pocos disgustos.

—¡Loado sea Dios!... ¡que para todo tiene remedio, si no es para la muerte! Con que... sepamos... ¿qué la trae por aquí?

—Pues vea V... un apuro del momento. En la tertulia de las de Boqueras, un intendente jubilado que fué amigo de mi Márcos, han acordado abonarse á una platea del teatro de Apolo: el compromiso para mí es muy grave, porque, como es sabido, el día que una deja entender su pobreza, no tiene ni siquiera quien la salute: en aquella casa me creen en posicion muy desahogada y... sin consultarme siquiera, han contado conmigo para satisfacer la mitad del precio de abono.

—¡Me parece bien ese desenfado!  
—¿Y qué hacer? Aquí la traigo á V. aquella pulsera... que ya conoce...

—Si tal... la de los brillantes...  
—Precisamente.

—Lo malo es que esas piedras han bajado ya tanto de precio!

—El oro solo del brazaete vale la cantidad que yo necesito.

—Bueno y ¿qué quiere usted?  
—Pues déme V... quinientas pesetas.

—Con el alma y la vida que se las daría, como en otros tiempos, pero hoy no puedo llegar á tanto, ni mucho ménos...

—¡Ni mucho ménos!  
—Sí, señora, sí... hoy no están las cosas como en otros años... ya ve V., el gobernador nos ha partido con eso de establecer las sucursales del Monte Pio...

—Bien... pero en resumidas cuentas, ¿qué puede usted darme por esta alhaja?

—Pues mire V., ni un real más de cuarenta duros.

—¡Cuarenta duros! hija, á este paso va á llegar día en que vamos á traer oro en barra, y nos van Vds. á descontar la acuñacion.

—Es posible... ¡tal andan los negocios!  
—¡Vaya, vaya!... pues despachemos, que me extiendan la papeleta, y no se hable más.

(Últimase el contrato, y nuestra doña Rafaela abandona la casa, diciendo para su... añadido: ¡Abono! no está mal abono!... el de tres meses de adelanto de comestibles que debo al tendero...)

**CUADRO TERCERO**

(Detrás de la viuda del intendente suben por la escalera, riendo á carcajadas y hablando á gritos, dos muchachas, tipos de desenfado y jovialidad popular.)

—¿Qué es eso, muchachas? ¿qué es eso? pues no armáis mal ruido, y probablemente para nada!...

—Cómo ha de ser, señá Brígida... otros vendrán para ménos.

—Y ¿qué es ello?  
—Pus misté... que venimos á empeñar en almidez... ya ve V. si es cosa de meter ruido... á esta la han echao de la frábica é cigarros, y yo tengo á mi Pepe en el Hospital... de modo que bien pue V. hacer la caridá...

—¡La caridad... la caridad!... esta no es casa de Beneficencia... bien podiais ir con eso... al Rastro...

—Vamos... que por una vez... bien podrá V. correrse...

—Vaya, vaya... no quiero que digais que me niego... chico; dalas tres reales, aunque se lo lleve todo la trampa...

—Vaya señá Brígida... que no se arruinará V. por mucho...

(Las prógimas toman los cuartos y salen riendo y alborotando, lo mismo que entraron.)

**CUADRO CUARTO**

(Un niño, de los que lidian becerras, son apasionados de la música, juegan al baccarrat y visten esos trajes que parecen hechos de estera de cordoncillo, llega resueltamente al mostrador de la prestamista, y presenta un reloj de níkel.)

Doña Brígida lo recibe, abre, examina y dice:

—¿Qué queria por esto?  
—Cincuenta reales.

—Cuarenta, es lo que puede darse...  
—Bien, es... lo mismo.

—No, dispense V., no es lo mismo...  
—Siendo tan corta la diferencia...

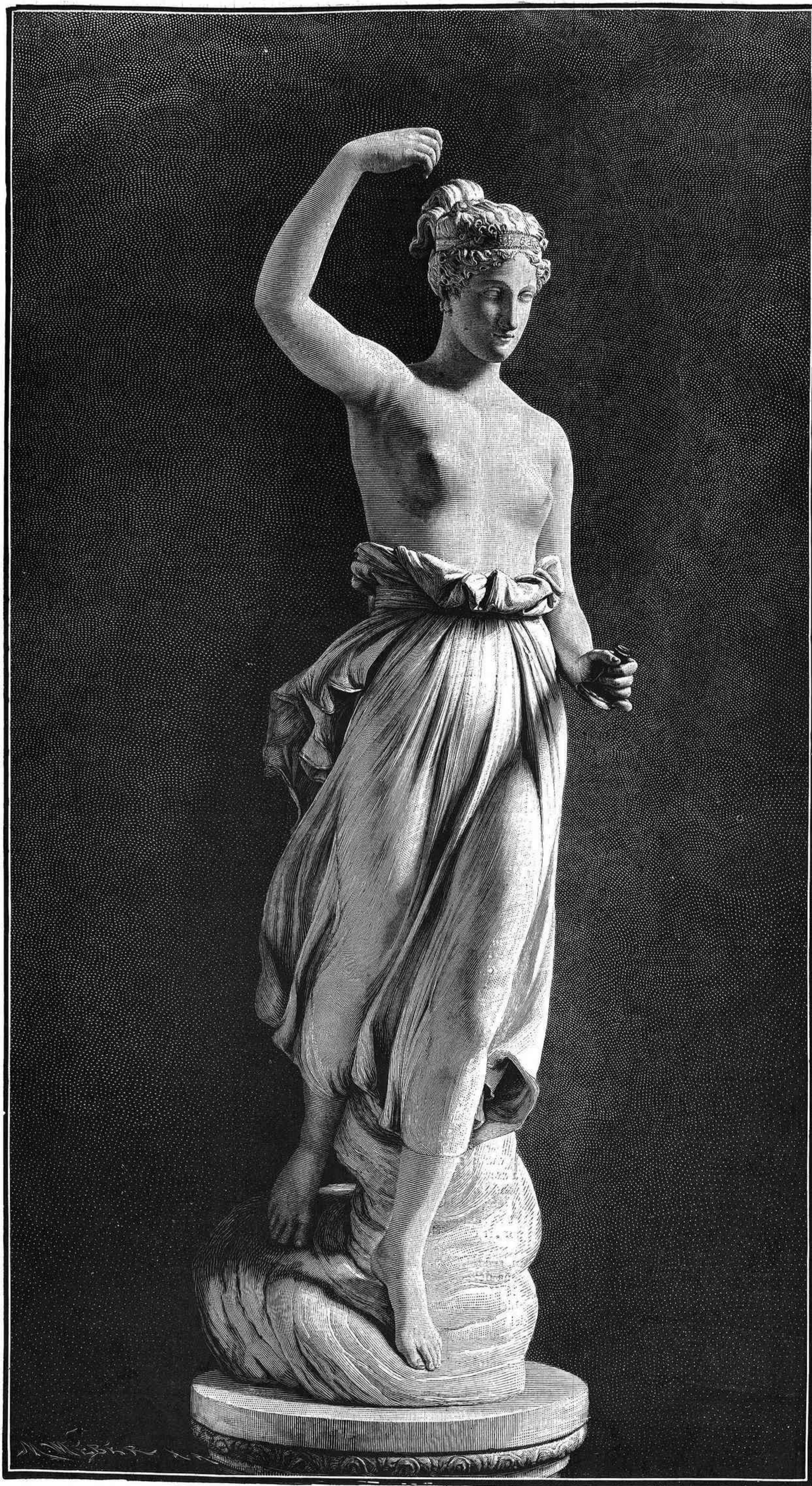
—No señor, no es tan corta, porque ántes de hacer el préstamo, tiene V. que llegarse á casa del relojero y encargarle que componga este reloj.

—¿Qué dice V.?  
—Pues digo que está roto, que no anda, y, por consecuencia, no puede darse por él ni un céntimo.

—Pues mire V., debe ser cosa del momento, porque esta mañana regía bien...

—Podrá ser, pero ahora no rige, y por consiguiente...  
—La verdad es señora, que yo queria empeñarle precisamente para tener dinero con que componerle...

—Sí, sí, ya estoy; V. queria hacer lo de aquel que se pro-



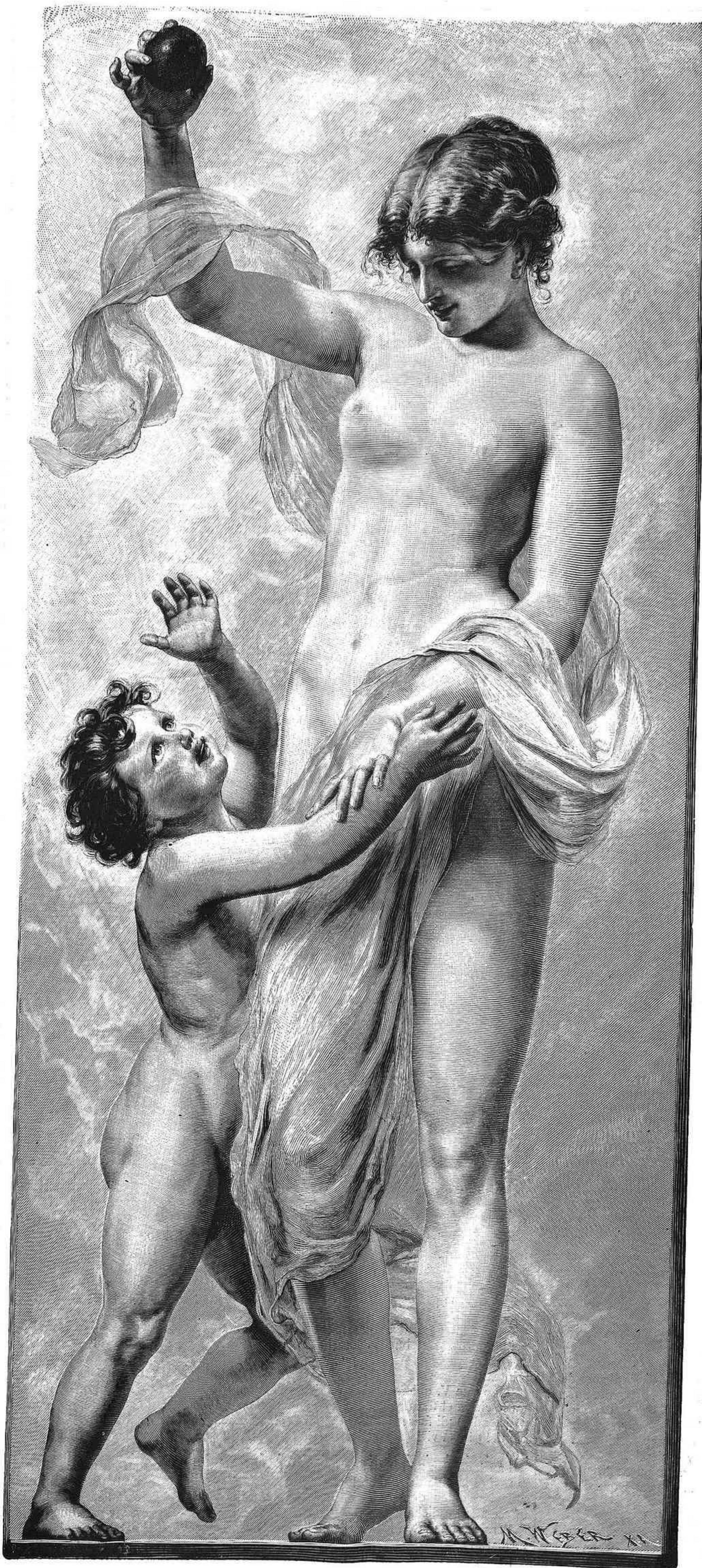
HEBE, estatua por Canova (existente en la galería nacional de Berlin)





INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO EN LOS ALPES RÉTICOS, CUADRO POR W. RIEFSTAHL





LA SÚPLICA, cuadro por Lindenschmit



puso aprender á tocar el violín, sin comprarle hasta que supiese tocar.

—¡Cómo ha de ser!.. ¡lo buscaremos por otro lado!.. Buenos días.

—Vaya V. con Dios, y que el Señor mejore sus horas.

## CUADRO QUINTO

(Un caballero *en grand tenue*, vestido á la última, perfumado y pintado como retablo nuevo, hace su aparición, dándose aires de proteger á cuantos se le pongan delante.)

—Señora mía,—dice con petulancia dirigiéndose á doña Brígida,—espero de V. que me entretenga el menor tiempo posible. Ya sabe que soy partidario de terminar pronto mis asuntos.

—Mande V. y procuraremos servirle pronto y bien.

—Traigo aquí estas papeletas del Monte de Piedad, y deseo, sobre el valor de su significación, realizar un préstamo.

—¿Y cuánto importan?

—Diez mil setecientos reales.

—¿Y qué quiere usted sobre esa suma?

—Mil pesetas.

—¡No es poco!..

—Y tan poco, cuando se trata de objetos que valen cuando menos el duplo.

—Eso lo veremos: habrá necesidad de informarse... de averiguar...

—Eso está bien; pero á mí me urge resolver el asunto, porque estoy en gravísimo apuro con esta liquidación maldita... ya V. ve... la quiebra de X\*\*\* me cuesta ¡doce millones de pesetas!... ¡estoy loco!..

—Pues nada, tranquilícese V... para tener autoridad en la Bolsa, no hay como estafar *en gordo*...

—En fin... ¿usted qué dice?

—Pues digo que pasado mañana puede usted darse una vuelta por aquí, y según el resultado de mis informes, veremos...

—Corriente... si yo no vengo... enviaré á mi secretario. Adios, señora.

—Servidora de usted.



PESCAR EN AGUA MANSA

## CUADRO SEXTO

(Una joven, cuyos encantos aparecen marchitos por el sufrimiento, coloca sobre el mostrador un bulto, que se apresura á deshacer, reprimiendo á duras penas el llanto.

Doña Brígida se acerca impasiblemente.)

—¿Quién había de decirme?... ¡Sufrir esta vergüenza!.. ¡Dios mio!.. ¡Dios mio!..

—¿Qué es eso, señorita?

—Vea V... mi vestido de novia... las sábanas de la cama de novia... el reloj de novia... mi aderezo de novia... la sombrilla de novia...

—Vamos... todo el ajuar de boda.

—Poco menos... lo que falta ha desaparecido ya... ¡ay de mí!.. ¡si mi pobre tía viviera y supiese!..

—Menos mal, que ya esa señora no puede disgustarse.

—¡Buen consuelo de tripas!.. y pensar que de todo tiene la culpa aquel infame.

—¡Hola!.. ¡hay un infame por medio!

—Sí, señora, sí, un infame, un canalla, un malvado... mi marido, que no piensa más que en *politiquear*... y en ir al *círculo*, y hablar del *directorio*... y de la *izquierda*... diciéndome todos los días que le aguarda una posición deslumbradora...

—¿Quién sabe, señorita? ¿quién sabe?... los hombres muchas veces...

—Sí, sí... fíese V. de los hombres... mejor traza que tiene el mio... porque eso sí... guapo, es muy guapo...

—Si á V. le parece podríamos hablar de nuestro negocio...

—Corriente: quisiera que me diese V. por todo... treinta duros. ¡Hay buenas cosas!

—Sí, sí, ya veo... pero no puedo ofrecer á V. más de veinte...

—Lo que V. quiera... tal es mi desdicha...

(Se cierra el trato, y sale la joven enjugándose los ojos y diciendo:) ¡Si fuese cierto!.. si al fin le colocasen!.. ¡Pobre tía! ¡si ella viviera y supiese!..

La exposición no terminaría nunca.

¡Así es la vida de muchos!

Habrán quien deplora la eficacia del remedio que se ofrece á la desdicha.

Pero, ¿dónde están los que de mejor manera podían remediarla?

¡Ah!... esos viven en el fausto, en la molición, en el regalo, sin noticia, tal vez, de la miseria que abrumba á los demás...

Hacen bien: lo suyo es suyo y para ellos.

flato,—se decía. Aunque trabajosamente, siguió.

Diego se sentía indispuesto: estaba asustado. Al verla entrar en casa, dijo:

—Cierra pronto, cierra! ¿Viene alguien contigo? Tenemos que mudarnos: esto parece una sepultura.

—Hombre, no seas mántria, que los muertos no se comen á nadie... ¿Has visto lo que es obrar mal? ¡Ya cayó! ¡Ya cayó!—Y poniéndose en actitud flamenca, tronzó el cuerpo, batió las palmas y soltó una risotada que heló la sangre á Diego, añadiendo:

—Hijo, al que yo le echo el fallo, no se escapa! Vaya, no te amilanes, que con haber muerto ese tío, ahora volverás á entrar. Ten pecho, hombre, ten pecho, como yo le tengo...!—Diego se limpiaba un lagrimón con el envés de la mano, y ella entre colérica y humorista, machaconeó la frase:

—En lugar de venirme con gimoteos ¡cuerno! la vamos á celebrar. Mañana me lo dirás que es fiesta. Estrenaré el corsé, y para que te alegres, habrá cenita buena; traeré unas botellas de vino y armaremos una juerga de vecindad. Todavía tengo yo unos cuartos arrinconados, para gastármelos á la salud del difunto. ¡Verdad!.. ¿Qué quieres decir con esa cara de condenado que pones? ¿Que nó? Me es igual. ¿Tú, qué te has propuesto, que nos en-

Y además, si alguna vez se mueven á compasión por la ajena desgracia, la remedian *por el momento*, y confían en que su obra ha de valerles algo... porque al fin y al cabo, *Dios da ciento... por uno*.

Para diferenciarse de los prestamistas.

EDUARDO SACO

## LA URBANA

(Conclusion)

Diego viendo á varios compañeros de la Empresa á pié, y otros de mayor categoría, arastrados por un landó, instintivamente se hizo atrás, pensando:—¿Quién será? La Damasa, mujer del Desiderio, pasaba por allí sonándose con estrépito y dándose restregones en los ojos, para hacer ver que lloraba.

—Eh, chica, muchacha, ¿quién llevan ahí?—vocó la Urbana reventando de curiosidad.

—Pues ¿no lo sabías? El... el jefe, que esté en gloria! Murió anoche de... de repente!

—¡Jesus!—dijo Diego, y echó á correr.

—¿El jefe? Anda, mujer, no te chulees conmigo!

—Que sí te digo. Estaba delicaio. Tuvo aquel disgusto que tú sabes, por las cuentas, y ahí le ves!

—¡Cuerno! ¿Con que tan pronto ha caído? ¿Con que ha caído la...? ¡Qué barbaridad!

Y hablando sola y dando saltos y brincos, como una alimaña suelta, apretó el paso para alcanzar á Diego. Y Diego, sin volver la vista, corría cada vez más, desconcertado al oír un coche, que casualmente corría detrás de él, creyendo que era el del muerto que le gritaba: ¡Ladron! ¡Asesino! ¡Falsificador!

—Galgo, no corras,—gritaba ella,—que te voy á decir una cosa. Espera, hombre, espera! Mira que no puedo respirar...! Vaya, ya he vuelto á sentir la punzada...—Y se paró irguiendo la cabeza, abriendo desmesuradamente la boca y echando mano á la pared para sostenerse.—Será

tierren como al otro? ¡Quiá! Tengo yo todavía que dar muchas desazones. Si no te colocan pronto, tú verás matar gente! ¡Ya lo verás!

Al anoecer del día de la Candelaria, ya había empezado el baile en la mazmorra de la Urbana. Convidados por ella, iban entrando los amigos. Por la tenebrosa escalera, se oían el patear de los hombres y las picoterías de las mujeres.

—Vamos, vamos, que ya está escomenzao.

—Para que haiga mejor luz han traído espelmas.

—Está el Golilla con la guitarra!

—Toma, y German con el acordion! Oye, oye!

En el patio, tronaba una vozarrona llamando á los de las guardillas.

—Bajen ustés en cá la Urbana, que hay jaleo largo!

En un decir Jesus, se colmó la habitacion soterraña. Era bastante capaz: sus líneas irregulares, facilitaban la mutacion, convirtiéndose en cocina, sala, taller; á gusto del ocupante. La bóveda iniciaba un arco, del que pendia cortina de apurado terliz á cuadros azules y blancos, interrumpidos por curiosos remiendos, telon que se corria para formar dormitorio, ó descorria para hacer salon. Detrás estaba la cama de hierro desquebrajada y coja, oculto el jergon de paja de maíz, por un cobertor de desperdicios de refajos colorados, sobresaliendo la cabecera con su medalloncito de laton, en que estaba pintada, vilipendiada, aquella que llamaban la Divina Pastora. En el lado opuesto, lucia el canapé oriundo de algun palacio, en el que Diego se entregaba frecuentemente al reposo por mor de no estropear el jergon. Distribuidas acá y allá, andaban sillas de anea, cortadas las patas, repuesto el asiento con tejido de sogas ó defendido por forros de alfombra desechada: otras de guta-percha semi-negra, y jaspaduras de blanco, que por su desvencijamiento, ofrecian áspero vaiven, y una silla enanita donde la planchadora se sentaba á reparar la ropa, con asombro del tío Lino que decia:

—Miste qué demonche, dónde meterás para sentarte, todo eso que tienes detrás!

En sitio preferente, estaba la mesa de pino blanco, destinada al planchado, fregoteada cada tres dias, con estropajo, arena y jabon. La cómoda derrengada, agrietada, con los cajones á medio cerrar, pero limpia, sobre la cual se aglomeraban cachivaches y objetos diversos: lamparita petrolera, inútil para el uso, de panzuda pantalla de papel rosa marchita, menudamente rizado, lo cual recordaba la pelliza de un corderillo. Un San Isidro de barro fino, pegada la cabeza con cera, que habiendo perdido su natural posicion, miraba por encima de la nuca. Dos jarrones de madera picada en forma de abanico. El espejillo de carterá, luna opaca, pequeño facistol en que la Urbana se leía á sí misma. Tenacillas de encañonar y rizar. Un almanaque ilustrado del año 73, que servia de bandeja á una jícara con unguento, y otras cosucas.

En la pared respectiva á la cómoda, perla de este ajuar, una estampa litográfica de la Purísima salpicada de reminiscencias de mosca, con marco de caoba sin cristal, y á



CAZAR EN VEDADO

modo de geniecillos que rodeaban su gloria, clavados con tachuelas, cuatro cromos de manufactura tosca y manchas subversivas, representando las estaciones del año. Ya se sabe: nevado el Invierno; empedrada de rosas la Primavera; el Otoño, hojas por el aire y árboles de color de canela; el Estío abrumado de haces y espigas con su fondo de cielo ensangrentado. En el ángulo más espacioso había, por último, dos hornillos; el de ladrillo, fogon en abreviatura, para guisar, y el de hierro para las planchas: una espuerta de carbon y el fregadero con los barreños boca abajo, coronado por una sarta de tapaderas de barro y de cucharas de madera; parrillas de asar sardinas, y vasar colmado de cacharros, platos desportillados y otras menudencias. En cada mesa, un candelero con vela de esperma, alguna ya corrida y de petrificados lagrimones, efecto del venticillo que se calaba por el desamparado tragaluz.

La mayor parte de la concurrencia femenil, allí en mayoría, se arrellanó en el suelo: los hombres en sillas bajas ó recostados en la enjalbegada pared. Diego estaba sentado en una arquilla, pálido, ensimismado, ausente más que presente: ni miraba, ni hablaba, ni casi respiraba. Aquel día ayunó por no tener pizca de gana y por no tener qué comer. La Urbana había reservado la comida

la pez del oficio, el teclado del acordeon. El polvo del ladrillo empezó á hacer densa la atmósfera. No había piés ociosos ni lengua cartuja. Bullian dicharachos, requiebros groseros: en el fondo de las conversaciones, palpitaba la murmuracion. Risotadas ingenuas, agudas, retumbantes, ahogaban los sonidos de la vihuela. Vagaba, de mano en mano, una botella de peleon que cada quisque se ponía por trompeta; apurada aquella, en un relampaguear salía otra. Lino la dió un avance, ofreciéndosela á Diego que no queria, pero que al fin la desocupó, mientras que la señá Casta, vieja desdentada de cabellos petigrises y moño alto, tomando aire melodramático, sopló al oído de la Urbana:

—Hija, qué acertada estuvistes! No le alcanzó ni la uncion!

—¡Vaya con dos mil demonios! —bramó la Urbana dando una embestida á la botella y acercándose á echar en la sartén hirviente, las magras del jamon.

—Chica,—dijo á la niña del portero,—dale vueltas con esa cuchara, que yo lo sacaré cuando esté en sazón.

—¡Seguidillas! ¡Peteneras! ¡Siga el baile! ¡Ande la broma! tronaba aquel conjunto de voces enronquecidas, entre el vapor de tufaradas acres, alientos y sudores dominados por el suave, aperitivo y trascendente aroma del jamon

para reforzar la cena. No tuvo tiempo de hacer nada con la tarea de arreglar la casa y de adecentarse sacando el fondo de la arquilla: por primera vez de su vida se había vestido, metiendo en prensa los desperdicios de su humanidad, con el corsé nuevo. Al primer baile que echó teniendo por pareja al Desiderio, polka ceñidita, despaciosa y con fe, rozando el pelo de la Urbana con la nariz de su adosado, dijo él:

—Señora, ¿á qué güele usted? Será á pomá que atonta de fuerte!

—No lo gasto yo ménos.

—Así bien puede usted tener arrimaos.

Y una vecina, absorbiendo con la nariz en facha, añadía:

—¡Ay, qué rico olor á bergamota! ¡Y qué repeinada!

—Pues como tengo el pelo tengo la ropa, exahumada!

—Ya sé que has estrenado un corsé y dónde le has comprado: me lo han contado. En la tienda de Narciso, y carito que te ha llevado!

—Tres duros.

—Dos, no mientas, que muchas señoronas le quisieran igual.

—A ver, á ver,—dijeron otras.

Y abriendo la Urbana, de par en par, las puertas de la honestidad, mostró el corsé, color de ante respunteado de rojo, con ribete de puntilla fina, ojetes enhebrados de trencilla, lazo sangre de toro, en la confluencia de los senos, y casi tantas ballenas como hilos tenia el tejido de la tela. Dicho se está que no sólo le vieron, sino que le tocaron y resobaron todas las presentes.

—¡Pues ni que fuera una coraza!

—Anda qué lazo! De búten, hija!

—Estoy,—dijo ella,—que me cuesta trabajo respirar!

—Tapa, tapa, no seas provocativa!—rugió una voz de sochantre.

—Ande el baile, ande el baile!

—Ande! Ande!

Jóvenes y talludas pusieron brazos y caderas en movimiento. German bordaba con sus dedos, negros por

frito que chillaba en la sartén, al paso que el humo enrarecía el ambiente, dando sabor á un cuadro característico de bodegón, bambochada de Teniers ó escena popular de Goya.

Siete parejas daban tormento á sus cuerpos. Bullian y alborotaban las tajadas: el humo del aceite apretaba los bronquios y provocaba la tos. Diego se puso morado de los asmáticos esfuerzos, mas los que le rodeaban, recetaron un trago bueno, y todo se pasó, despues de arrojar por inútiles, las botellas que quedaban. El Golilla respunteaba, canturreaba unas seguidillas madrileñas, y la Urbana, en medio del cuarto, fatigosa, encendida, fuera de tino, se contoneaba, braceaba, menudeaba los saltos, gritando en convulsiones y accesos nerviosos, que revelaban un estado patológico:

—Ole, ole! ¡Viva la bronca! ¡Ya cayó ese indino! ¡Ya cayó!...

Súbitamente, la frenética jaleadora se echó una mano al corazon y otra á la frente, puso los ojos en blanco y cayó de espaldas, produciendo un golpe seco y aterrador que aún la consintió hablar:

—¡Desabrocharme el corsé!... ¡El corsé! ¡Me ahogo...! y se despedazaba con las uñas el seno.—¡De prisa...! ¡Bruutos...! ¡Me muero...! ¡Vamos...! ¡Cuerno! Lanzó una mirada siniestra, un ronquido gutural y nada más.

¡Estaba muerta!

Los convidados la cercaron, la pulsaron, contemplaron con ojos espantados su última mueca, pero nadie la lloró. Parecía aquel suceso previsto, aquella muerte esperada, justificada... Lino buscó con la vista á Diego. Estaba inmóvil, apoplético, aletargado, tal vez ebrio y tendido en el canapé.

—¡Hombre,—le dijo á voces destempladas,—despiértate!

—Que está aquí mesamente, muerta la señá Urbana!

—Que se le ha roto algo interior!

—Que ha caido redonda!

Diego abrió, mecánicamente, los ojos; los volvió á cerrar.

—¡Muerta, ¿lo oyes? muerta!—repetieron.

—Ya lo oigo que no soy sordo!

Y murmurando palabras severas, frias, inarticuladas, dió un resoplido del que se desprendían gases febriles, mezclados con fermentos de ideas torvas y, volviéndose del otro lado, añadió:

—¡Está bien! ¡Está bien!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

#### SINONIMIA PARDA

¿Por qué no?

Si hay gramática parda que es, por cierto, la más conocida y la más generalizada de todas las gramáticas, debe de haber también sinonimia parda y la hay indudablemente: sucediendo que en ocasiones son pardas todas las sinonimias, lo mismo que de noche todos los gatos son pardos.

Cierto celebrado humorista de estas tierras y de estos tiempos, dijo en una de sus obras menos aplaudidas:

..... deber  
quiere decir, no pagar,



EL PRIMER SINSABOR, cuadro por Enrique Mosler

y si bien se examina hay en esta definicion más exactitud y más trascendencia que en algunos discursos filosóficos de esos que, con cualquier pretexto, propinan á sus oyentes innumerables oradores de todas las Academias.

Yo, despues de meditar mucho sobre el asunto, he deducido que al humorista le sobra razon; ni más ni menos como á mí me sobra para decir á Vds. que *necesitar significa no tener*.

Ya sé yo,—demasiado que lo sé,—ya sé yo, repito, que el verbo *necesitar* no está definido de esta manera en el Diccionario de la lengua castellana, por la Academia Española; esta corporacion doctísima, que segun ella misma declara, *limpia, fija y da esplendor*, dice que *necesitar es tener necesidad*, definicion que, seamos francos, no es para sacar de dudas á nadie.

Este procedimiento de relacionar y enlazar unas definiciones con otras evoca en mi espíritu el recuerdo de un librito que andaba, hace ya muchos años, en manos de los niños y en cuyas páginas tropezaba el lector con definiciones como las siguientes:

*Círculo*: Porcion de superficie plana limitada por la circunferencia.

*Circunferencia*: Línea curva que limita al círculo.

Que, á decir verdad, tampoco eran para sacar de dudas á nadie.

Afortunadamente para mí, en este caso ni yo abrigó dudas ni, por consiguiente, he menester que me saquen

conoce que es necesario proceder con prudencia, es cuando puede ser menos prudente. Los amigos nos hacen comprender, en horas muy amargas, que necesitamos la resignacion, cuando más distantes estamos de poder resignarnos; á los mismos amigos no se les tiene, sino cuando no se les necesita.

De mí sé decir que nunca he necesitado más de la paciencia que cuando no la he tenido ya. Muchas veces he comprendido la absoluta necesidad de estar tranquilo, precisamente en el momento en que no tenia en mi espíritu ni sombra de tranquilidad.

Todas estas razones y muchas más que yo podría aducir, aunque no lo hago, porque lo considero ocioso, confirman la verdad de mi definicion: *necesitar es no tener*.

¿Quieren Vds. una prueba más?

Pues allá va esta que es irrefutable.

¿Qué es lo que las gentes necesitan con más frecuencia? Dinero.

Justo: lo que más frecuentemente no se tiene.

El dinero se necesita *casi* siempre, porque no se tiene *casi* nunca.

Por no herir la susceptibilidad del lector conservo esos dos *casos*; pero conste que, por mi cuenta, los habria suprimido; bien que por eso están ahí, porque no los necesito, que á necesitarlos de veras, temo que ni adverbios de modo habria yo encontrado en el Diccionario.

Así soy.

A. SANCHEZ PEREZ

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

## DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

## HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentacion*, 2 tomos. — *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del truje, armas y mobiliario*, conteniendo la coleccion completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON